

pro de día el Sr. Gamazo; pero habiendo pasado
de las horas de regimiento se levantó la sesión
señalando para el viernes la discusión pen-
diente.

El Sr. Gamazo para dar cuenta de la discusión
de los proyectos de ley que se han presentado
en el Congreso y otro de los que se han presentado
en el Senado. El Sr. Gamazo para dar cuenta de
los proyectos de ley que se han presentado en el
Congreso y otro de los que se han presentado en
el Senado. Y resalta el Sr. Gamazo el hecho de que
en el Congreso se ha aprobado un proyecto de ley
que espero que el Sr. Gamazo va a presentar al
Senado. El Sr. Gamazo para dar cuenta de los
proyectos de ley que se han presentado en el
Congreso y otro de los que se han presentado en
el Senado. Y resalta el Sr. Gamazo el hecho de que
en el Congreso se ha aprobado un proyecto de ley
que espero que el Sr. Gamazo va a presentar al
Senado.

Después de haber leído estas explicaciones he-
cho el Sr. Gamazo un discurso, y si hay algún otro
proyecto de ley que se presente a contestar
esta sesión se pasará una comisión
de señores para que se encargue de contestar á nom-
bre de la comisión.

DISCURSO

Que pronunció el Lic.

D. LUIS GUTIERREZ OTERO,

EN LA

SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

VERIFICADA

EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE MEXICO,

el 26 de enero del presente año.

MEXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y C. ^o Escalerillas núm. 21.

1878.

BIBLIOTECA
U. A. B. L.

DISCURSO

D. LUIS GUTIERREZ OTERO

COLECCION DE DISCURSOS DE PREMIOS

EN EL SEMINARIO CONCILIAE DE MEXICO

EN LA CIUDAD DE MEXICO

IMPRESION EN LA TIPOGRAFIA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

DISCURSO

Pronunciado por el Lic. D. Luis Gutierrez Otero, en la solemne distribucion de premios verificada en el Seminario Conciliar de México el 26 de Enero del presente año.

Señores:

Jamás había pisado los umbrales de esta casa. Nunca, hasta hoy, había tenido la honra de que mis palabras encontrasen eco en sus venerandos muros. Y sin embargo, penetro á su recinto con la confianza que acerca al hijo al regazo de su madre, y experimento al encontrarme aquí, algo semejante á la fruicion gratísima que inundaba mi alma, cuando entre las dichas que me ha otorgado el cielo, contaba la de ahuyentar las nubes que las tempestades del mundo amontonan sobre el corazon, al influjo mágico de aque-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

4
La sonrisa santa, que aprendemos á conocer al
abrirse nuestros ojos á la luz!

".....risu cognoscere matrem."

¡Mansion hermosa no conocida ántes por mí, y
en cuyo seno, empero, me es dado aplicarme los
dulces versos del mantuano poeta:

".....hic inter flumina nota

Et fontes sacros, frigus capt. bis opacum!

¡Tuyo era mi amor cuando mis miradas no pa-
saban aún más acá de esas puertas, por donde
salieran á derramar la civilizacion y la virtud en
México, hombres que son la honra de la Patria
mial Vengo á tí, con el derecho al ménos, que
el hijo tiene para ir á dó está su madre:

"Huic mater.....adsit!

Vengo á ocupar, siquiera, el sitio que reservas
á los que se complacen en admirar tus glorias y
tu nombre,

"Illustres animas, magnumque in nomen
ituras".....!

¡Pero quién soy, viagero desconocido en los
caminos que se alumbran con la luz que nace

5
de este foco; débil mortal, incapaz de subir ni
el escalon primero de este santuario de las cien-
cias que está á mi vista: quién soy para ha-
blar en presencia de concurso semejante, al la-
do de los maestros que me escuchan, en medio
de la ardiente juventud que me rodea; quién soy
para levantar la voz en el Seminario de México,
que brilla siempre con la magestad de sus recuer-
dos y la magnificencia de su vida, y á su brillan-
tez constante añade ahora los esplendores de es-
ta fiesta, que es clásica do quier que el saber y
la virtud, el porvenir de las naciones y los des-
tinos de la humanidad despiertan interés? ¿Quién
soy para vindicarme en su seno un puesto, y
asistir con personales títulos, á las gozosas ex-
pansiones de la familia que, en estos instantes,
se reúne en torno mio.....?

¡Ah! Uno solamente tengo que disculpará mi
audacia: uno solo; pero él me basta. ¡Soy semi-
narista! Me presento, en consecuencia, como
hermano entre vosotros, y os ruego que, en gra-
cia de esta fraternidad, no os resistais á que par-
ticipi e de los encantos de nuestro comun amor:

"His amor unus erat....."

Y como jamás mi pecho ni mis labios traicio-
naron á mi escuela, siempre que la encuentro

descubro ante ella mi cabeza, la contemplo con palpitantes emociones, y con profundo acento, que sale de lo íntimo de mis entrañas, la digo: ¡salve, madre salve; el último, más fiel como el primero de tus hijos, te vuelve á saludar! Te saludo á tí escuela predilecta de mi Iglesia, que bebiste tus inspiraciones en el asombroso genio de un Agustín que meció tu cuna, y mantienes junto á los tesoros de la verdadera ciencia, la fuente de inagotable caridad, á do un Carlos Borromeo y un Vicente de Paul, fueron á confundir la que á torrentes brotaba de su corazón ¡A tí que eres como la mensajera de aquella Luz que ilumina á todo hombre que viene al mundo, y como el instrumento providencial que zanja los fundamentos y prepara los medios en que descansa y con que se desarrolla en el orden humano, la misión de enseñar á todas las gentes! ¡A tí que doquier existen pastores y se apacentan rebaños, ya sea en los centros de actividad, movimiento y vida, en que la tierra parece estrecha al poder de la criatura; ya sea en las regiones de selvas vírgenes y desiertos arenales, conduces á la par que el Obispo su cayado, la antorcha de resplandor inextinguible, que encendida en el fuego de la Divina mente, permite á la humana inteligencia esondriñar el universo en las

relaciones mútuas de los séres y en sus sublimes dependencias respecto del Creador! A tí, escuela seminarista, á la cual la Iglesia que te alienta, presta sus caracteres de permanencia y universalidad; y de quien aparta las alternativas de la luz y las tinieblas, para que ignores las incertidumbres, y los cismas, y los dolores de la duda, que sin piedad pesan sobre otras: á tí te saludo, la digo cuando la veo; á tí, la gran madre de grandes géneos, que de siglos atrás han ilustrado la tierra:

“..... *Inclita*

Parens..... magna virum!”

Soy seminarista y estoy en un Seminario, con lo que se explica, señores, suficientemente, la situación de mi ánimo que os acabo de referir.

Y bien: yo amo y respeto á los Seminaristas no solamente porque en uno de ellos, el de Guadalajara, hice mi carrera y recibí mi formación; nosolo por la gratitud que abriga mi alma hácia aquella casa, que ha merecido los solícitos cuidados de los Alcalde y Espinosa, de los Loza y los Gordoa; sino porque, á mi juicio, la institución

representa una figura colosal en los anales de la historia, y sus glorias precedentes le siguen asegurando para el porvenir, el inmortal renombre con que ha marchado hasta el presente á través de las edades.

La Iglesia, señores, como lo recordé un momento atrás, evangeliza al mundo entero, enseñándole que toda virtud y ciencia descienden de lo alto, donde el Padre de las luces ocupa el rutillante trono del bien y la verdad. Las generaciones, que estaban caídas antes de la Iglesia, y caídas hasta perder las nociones de las cosas y la justa significación de las palabras, necesitaban para levantarse, tocar una altura que era inaccesible entonces á la mirada moribunda de la humanidad: obra superior á sus fuerzas exhaustas, y únicamente dable á Dios. Era preciso, en cierto modo, repetir el prodigio de la creación, porque el sér humano casi había extinguido en su alma, los caracteres celestiales que le imprimió el aliento soberano de su Autor. El Verbo vino á realizar esa redención, y en Jesucristo que fundó la Iglesia, deificó al hombre, y en él á la naturaleza, de la cual es este sinopsis portentosa, todo fué regenerado. Mas á la redención y evangelización del Maestro, debía seguir la evangelización continua por medio de los discípulos, á

fin de que la buena nueva no se anunciara únicamente á las gentes que alcanzaron los tiempos del Salvador, sino á las gentes también que, en pos de ellas, poblaran el mundo en los sucesivos. Y como para el cumplimiento de cada una de sus voluntades, y para la satisfacción de cada una de las tendencias racionales de la criatura, se sirve Dios, ó de operaciones que ejecuta por sí mismo, ó de inspiraciones fecundas que trasmite á aquella con objeto de que en el curso de los siglos se verifique el plan de la Divinidad; la misión de enseñanza perpetua, encaminada á mantener vivo en las inteligencias el conocimiento de la naturaleza y relaciones de los seres, se tradujo, en este orden de los hechos que nos permite, por decirlo así, palpar la Providencia, en la formación de un cuerpo de doctrina y un magisterio visibles, que constituyesen los elementos de una escuela á donde el hombre, ansioso siempre del saber, ocurriera á apagar su sed.

El magisterio de la Iglesia, nacido de ese modo de una fuente divina, se ejerce empero en los individuos del linage humano, haciéndose por la forma adecuado á las necesidades de éstos; y á la vez que su principio excelso le da conciencia del admirable poderio que goza, comprenden quienes lo desempeñan, que no llevan en el alma

ualidades inferiores á las de otros, que en su arrogancia y en todas las edades, se han atrevido á reputarse mentores independientes de la humanidad. No puedo prescindir de una observacion al paso, que es esta. Bajo el aspecto que llamaríamos puramente filosófico, si la filosofía puede concebirse sin la fé, las escuelas incrédulas se muestran torpes, con una torpeza que raya en el absurdo; suponiendo impotente á la católica para conquistar lo que ellas se precian de haber alcanzado. La inteligencia brilla en una y en otra parte; ambas cuentan á la razon por dote; el mismo mundo exterior rodea á las dos: ¿qué motivo inexplicable haría, que lo que cayese bajo el dominio de las elucubraciones intelectuales de estos, ó fuese objeto de sus anhelos, escapase del alcance intelectual de aquellos, ó no cupiera en la esfera de sus aspiraciones...? Ha pertenecido á las inconcebibles locuras de la ciencia que no se acoge al dulce abrigo de la fé, la de suponer que la escuela católica, la más trascendental por su doctrina, y que no reconoce por confines sino los horizontes infinitos que cantaba el Dante:

"Che solo amor' é luc: ha p' confine,

sea extraña á alguna de las concepciones de la inteligencia, á alguno de los ramos del saber, á

ninguno de los trabajos del espíritu, que el hombre se juzga capaz de acometer. ¡Escuelas que presumiendo abarcarlo todo, sin Dios no alcanzannada! No así la de la fé, que nos enseña no haber ni en el entendimiento arranques, ni en la creacion belleza, ni en el universo leyes, que no se refieran á Dios; y nos ha hecho percibir que no existe un solo camino de investigacion científica, á cuya extremidad no se descubra el eterno fuego de la Sabiduría Infinita, de donde, como emanaciones luminosas, se desprenden la hermosura, la verdad y el bien que sentimos en el alma, ó miramos en redor.....!

Mas vuelvo al hilo de mi discurso.

A la evangélica mision de la enseñanza y á la escuela que todo lo sabe, en tanto que de todo conoce los principios y los fines, siendo una manifestacion constante del Verbo de Dios sobre la tierra, se remonta el origen del Seminario, que si no es su forma exclusiva, porque la Omnipotencia no lo permite en el desarrollo eterno de la idea divina, sí lo es, y por excelencia, en cuanto elige medios humanos para dispensar los inapreciables tesoros de la ciencia y del saber. El Seminario, cuyas huellas creyeron encontrar algunos en los mismos tiempos apostólicos, sin duda existe con la organizacion esen-